RELATO GANADOR DEL I CONCURSO “AFRICA CON Ñ”

EL PUENTE DE LA VIDA

AUTORA: JULIA RAQUEL ALENE NGOMO AFANG

Papá solía decir que les debemos muchas cosas a los colonos, lo más valioso para él fue el hecho de que nos hubieran hecho descubrir al Señor, olvidándose de que el Cristianismo fue una religión impuesta y que se les trató como a unos niños desprovistos de poder de decisión. Me contaba fascinado las hazañas de Jesucristo, un rey que servía y lavaba los pies de sus súbditos. Yo me preguntaba si Abiha, el jefe de nuestra aldea, sabía de la existencia de este singular rey al que había convertido en mi héroe particular. A nuestro jefe aldeano, después de los bienes materiales, lo que más le fascinaba era escuchar los gemidos de dolor de mi padre, el cual cumplía sus deseos de lunes a sábado, a las siete de la tarde, en la plaza del pueblo. Allí, y con ayuda de unos fuertes latigazos, mi padre deleitaba al buen jefe con los más espeluznantes gemidos, a los que únicamente hacían sombra los emitidos por los bueyes mientras estaban siendo sacrificados.

Papá me dijo que la vida de un cristiano no era fácil, que era la más difícil incluso. Estaba llena de sufrimiento y de virtud. Así que cada vez que se recuperaba de las heridas que yacían en su espalda me decía que no tenía que sentirme mal por él, que debía estar feliz porque esa era la vida de un buen cristiano. Por mi parte, yo intentaba no guardarle rencor al gran jefe Abiha, ¿no le hubiera perdonado acaso Jesús? Casi me arrastra al pecado cuando una tarde, tras el quincuagésimo séptimo latigazo, mi padre se desplomó y ya no volvió a levantarse. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de mi héroe, comprendí que la vida de mi padre tenía que acabar y que su siguiente paso era recibir esa recompensa que le tocaba, la cual yo estaba convencida de que sería enorme.

Tras la dura muerte de mi padre, y ante el temor de convertirme en el juguete del gran Jefe, huí de mi vida cristiana en la aldea y me instalé en la ciudad. El momento elegido no podía haber sido peor, coincidente con la visita del mandatario de Francia a Gabón,

momento en el cual la máxima preocupación del país era causar buena impresión, y qué mejor manera de hacerlo que limpiando la calle de vagabundos y de delincuencia, al menos en la medida de lo posible. La desdicha me alcanzó en la esquina de la Calle Cigne, donde fui recogida como si de un perro callejero se tratase, y llevada al centro penitenciario más peligroso de la época, bautizado como "L' Inquisition". Tras habernos instalado en una celda cuyo olor me recordaba los días en la aldea, cuando las "mamás" limpiaban las tripas de los cerdos para la comida, nos comunicaron nuestra falta, que no había sido otra que dormir en lugares cuya propiedad era del Estado, sin permiso.

En nuestra celda éramos unos dieciséis niños, de entre ocho y quince años. La mayor, Sylvie, actuaba como si fuera nuestra madre, o eso al menos decía ella. Yo no había sido testigo de cómo era una madre, pues justo al nacer cometí uno de los pecados más terribles del mundo: acabé con la vida de mi madre. Mi padre decía que no había sido culpa mía, pero, analizando la situación me decía a mí misma que si no hubiera nacido yo, ella todavía podría disfrutar de la vida. – Ella había cumplido su propósito en este Mundo, al igual que tú deberás cumplir el tuyo... Mi padre era un sabio, mi sabio. No podía evitar pensar en él, en cómo finalizó su andanza en esta vida, entre sollozos. Jesús subió al cielo, victorioso, feliz, ¿no debía haber sido ese el destino de mi padre?

Sylvie era muy bondadosa, pertenecía a una familia bien posicionada en la sociedad. A aquellos niños asustados y al resto nos hizo sentarnos en círculo y nos contó aquella noche un sinfín de historias que, decía, su madre les contaba a ella y a sus hermanos cuando eran más pequeños. A todos se nos quitó el miedo y el infierno que estábamos viviendo se volvió ameno. Le pedí que me hablara sobre los pecados, y ella con mucha paciencia me habló sobre Moisés y los Díez Mandamientos, y me explicó que no tenía

que sufrir para ser una buena cristiana, bastaba con hacer el bien y creer firmemente, perdonar y ayudar al prójimo. Me habló sobre un filósofo llamado Aristóteles, que dijo que el bien último del ser humano era la felicidad.

A la mañana siguiente nos trajeron los restos del pan de una panadería cercana y un poco de embutido, fue lo mejor que había comido en mi vida, y mi organismo me lo agradeció reaccionando a un veneno para ratas que había en uno de los trozos del pan. Sentí que se me salían las tripas del interior de mi organismo, los vómitos me ahogaban, y ante la inexperiencia de los señores carceleros, me llevaron en su camioneta hasta un vertedero de basuras, donde me abandonaron a mi suerte. Clamé a mi héroe, Jesucristo, pero Él no llego, aunque sí que ocurrió un milagro: mi cuerpo se relajó, cesó el dolor y hallé algo de tranquilidad echándome una pequeña siesta en medio del festín de olores y de la basura.

Al abrir los ojos no pude evitar asustarme ante tanta gente mirándome. –Gracias a Dios, ¡bienvenida de nuevo, pequeña!. – Pensábamos que ya no querrías volver a admirar los bellos paisajes de la zona... Murmullos, y varias caras extrañas. Estaba en un centro llevado por franceses que decían ser una organización sin ánimo de lucro. Me encontró una de las médicos, la Dra. Tina, y por lo visto fui muy afortunada. Mientras escuchaba el relato de cómo luché por sobrevivir pensé que ello había sido posible gracias a mi Creador, y que Él tenía grandes planes para mí, lo cual me puso en alerta: «*necesito encontrar mi propósito en la vida*», pensé, y me puse en marcha.

Tina era muy amable conmigo, tras haberme recuperado del todo me acogió en su casa, me preguntaba qué había sido de Sylvie, y, pese a haber ido tras el paradero de los niños con los que compartí mi breve pero intensa estancia en la cárcel, Tina no supo darme razón de ellos. Aprendí algo de inglés con ella y me llevaba como auxiliar en las tiendas

de campaña improvisadas para atender a los niños con cólera. Para Tina, y ahora para mí, los médicos formaban parte del séquito de ángeles de Dios: tenían el poder de sanar a las personas, como lo hacía Jesús; acompañaban a las personas en su momentos más álgidos, trataban a todos como familia y hacían felices a los demás.

Una vez acabada la misión de la ONG Tina tenía que marcharse... ¡Y me propuso irme con ella! ¿Era eso ser mamá? Porque yo sentía que sí, y por supuesto accedí a irme con ella, y de inmediato me hizo un pasaporte, un carnet de vacunación internacional, fue a los registros a por un certificado que documentara mi nacimiento, y mientras tanto yo era la preadolescente más feliz del Universo.

Llegó la hora de la partida y un día antes de coger el avión le pedí a Tina que me acompañase al vertedero del pueblo, donde había improvisado una tumba secreta para mi padre. El jefe había prohibido que esté fuera enterado dignamente, así que fue metido en unos cuantos sacos y le tiraron sin más. Con ayuda de unos buenos hombres pude sacar su cuerpo de tal asqueroso lugar y enterrarle en una fosa cavada a escondidas por aquellos buenos hombres, unos cuantos metros mas allá del vertedero, en una zona libre de basuras y situada entre dos grandes Okumes, y con la bendición del cura del pueblo, que me contó que el jefe de la aldea deseó casarse con mi madre, pero que ella había elegido a mi padre, razón por la cual le tenía tanto aprecio. Tina me acompañó al lugar en cuestión , en cuyo alrededor habían crecido las flores que planté para papá. Decía que cuando quiera que unas palabras fueran eternas, debía plasmarlas en un papel, así que redacté una carta para él, la cual antes de depositarla junto a las plantas, leí en voz alta:

«*Muy amado padre:*

Espero que estés disfrutando de la gran recompensa que te dio Dios por la vida tan ejemplar que llevaste en la tierra. A mí me ha mandado un ángel, que me acompaña en todo momento, aunque en verdad yo soy quien le acompaña a ella. Voy a dejar esta tierra para siempre, y voy a ir en busca de mi propósito en la vida. Como sé que tu cuerpo está ligado a esta aldea, y que seguramente querrás hacerle compañía a mamá, no te voy a pedir que me acompañes. Sólo quiero decirte que estaré bien, y que quiero que vosotros también lo estéis. Siempre estás en mi mente, y a menudo en mis sueños, también en mis pesadillas.

Papá, te quiero».

El viaje fue increíble, qué pequeño se veía todo desde arriba, no disfruté mucho de la comida del avión pero sí de aquella pequeña pantalla pegada al asiento que tenía en frente, donde pude ver infinidad de películas y ponerme al día respecto del mundo cinematográfico.

Manhattan era lo más bello que había visto en mi vida, y, a pesar de la felicidad que estaba experimentando emocionalmente, mi cuerpo había decidido darle la bienvenida a América con la menstruación. Me sentía muy extraña, aunque mamá, que así era como llamaba ahora a la Dra. Tina, me contaba encantada lo que suponía tener la menstruación y lo maravillosa que era la nueva etapa que estaba viviendo. Que era oficialmente una mujer y me habló igualmente del deseo sexual, de las relaciones sexuales y de los hijos. – Según Dios, una mujer sólo puede consumar su amor con un hombre tras haberse casado, pero ya sabes lo que opino yo de tu Dios. – Entonces, ¿no habría sido más sabio por su parte darnos la menstruación cuando estuviéramos ya casadas? Yo es que cada vez tengo más dudas respecto al proceder de Dios... Y nos

enzarzamos en una cascada de risas. Era muy feliz, con mamá, y con el tío John y su hija Amelia.

Finalizado el período de preadopción y con el informe favorable de los Servicios Sociales, pasé a llamarme Rakya Rose Dowe y pasé a formar parte de la familia Dowe, compuesta por tío John, por su hija Amelia, fruto de su primer matrimonio,y por mamá, Tina, además de por mí. Mi integración fue excelente, me encantaba el instituto y gracias a las influencias de mamá me ubicaron en un aula acorde con mi edad, y para estar al día, tío John contrató a un profesor para que me diera clases particulares en las tardes. Tenía ya casi quince años y cada día me acostaba temprano para ir a clase al día siguiente. Todos estaban fascinados con que supiera francés y les hablaban a sus padres de mí, era conocida por toda la escuela y eso me encantaba, ¡era como Jesús!, aunque en la diminuta esfera del ámbito escolar. Las hormonas acabaron fastidiándolo todo: me enamoré, o al menos eso pensé. No podía, no debía... No hasta que tuviera edad para casarme, pero ocurrió. Amelia estaba en último curso, y tenía un amigo por el que mi cuerpo sentía una atracción que cada día controlaba menos. Mike, o súcubo, como lo llamaba yo, estaba ayudándole a mi hermana con la asignatura de química, que no se le daba muy bien, y ante la negativa de tío John a la petición de ella de ponerle un profesor particular, Mike venía todas las tardes después de la comida para ayudar. Lo conocí cuando fui al cuarto de Amelia a por unas tijeras, nos miramos sin querer y me pareció lo más bonito que existía en el mundo, después de papá y la nueva familia, claro. Él, como si se hubiera percatado de lo que me ocurría, venía a mi cuarto después de las clases de apoyo a mi hermana, y charlábamos hora y media cada día. Hablábamos de la vida, de nuestras inquietudes, de los líos de la clase de último curso, y acabé mudándome al cuarto de mi hermana tres horas al día, y después de Química practicábamos algo de francés y de español. El fin de semana se fueron todos a visitar a

la familia de Idaho, yo me quedé en casa enferma. El domingo por la tarde vino Mike a dejarle un ejercicio resuelto a Amelia, y a pesar de haber sido avisado de que no llegaba hasta la noche, Mike se quedó a hacerme compañía. – Tu novio debe de ser muy afortunado – Bueno, si lo tuviera lo sería. Por ahora el instituto es mi prioridad. – ¿Nunca te ha gustado ningún chico? Mi cuerpo se había activado de nuevo ante esa pregunta. Le miré a los ojos y le dije que sólo me había gustado él pero que por miedo al infierno prefería hacerle caso omiso a mi cuerpo. Se rió, pero era como cuando un bebé te dedicaba una sonrisa inocente, no cuando se reían de la niña cejijunta de tercero. – Dios es Bueno, Misericordioso, y perdona todos nuestros pecados. Acto seguido sostuvo mi cara con ambas manos y pegó con sumo cuidado sus labios con los míos. Le advertí que no sabía besar, y me enseñó: -abre ligeramente la boca, succiona mis labios, dale un recibimiento cálido a mi lengua; succiona, frota... No pude evitar cerrar los ojos ante tantas sensaciones y al abrirlos estaba Amelia allí, frente a nosotros. No logré oír lo que dijo; salió corriendo de casa y más tarde llamó diciendo que no volvería hasta que no me fuera yo de casa. Esa noche mamá y tío John discutieron, sé que es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas pero los gritos se escuchaban con claridad desde mi cuarto. - ¡Trajiste a esa niña sin mi consentimiento, y ahora mira lo que ha pasado! - ¡Como le pase algo a mi hija...! Se oyó un portazo y mamá salió entre sollozos del cuarto; en ese momento salí de mi habitación y fui corriendo a consolarla pero me gritó como nunca había hecho y me dijo que no me quería ver más. Después de lo de mi padre no me había dolido nada tanto como ver el rostro de mamá, rojo, lleno de lágrimas, así que corrí a mi cuarto, cogí un cuaderno y le escribí una nota muy larga a mamá:

«*Mamá:*

Soy una pecadora, peco de desagradecida. Después de darme la vida, de regalarme una familia, de hacerme tan feliz, yo te recompenso trayendo el caos, la separación y los problemas a tu hogar, a nuestro hogar. No me merezco tener un ángel, así que he decidido irme a casa, a la aldea, a reunirme con papá y con mamá. Lo cierto es que desconocía que Amelia sentía lo mismo que sentía yo hacía Mike, pero eso no justifica que haya desobedecido a tu mandato de no relacionarme con jóvenes hasta cumplir los dieciocho años. Hoy sólo cumplo dieciséis y aún me faltan dos años más. Por favor, necesito que le digas a Amelia que me perdone, no logré controlar mis emociones ni mis sentimientos. Dile a tío John que la culpa es únicamente mía, pero que ahora todo irá mejor, conmigo se irá ese sufrimiento que lastra a todo cristiano.

Te quiero, os querré siempre. Por favor seguid siendo esa familia tan maravillosa».

Cogí algo de ropa y mis ahorros de año y medio y me marché. La razón por la cual le dije que volvía a mi aldea era para que no publicaran una foto de "se busca" en la tele ni en tablones ni en muros, era mejor así, aunque mi desgarrado corazón no parecía estar de acuerdo. Latía más rápido, y sentía una sensación de ahogo entre mis costillas, en el pecho. Dios parecía estar incumpliendo su palabra, y me estaba dando una carga que yo creía no poder aguantar. Tras haber caminado durante toda la noche, llegué a un motel donde por veinte dólares pude descansar un ratito, y ya al mediodía pedí hablar con el gerente y le pedí trabajo como camarera del bar. No había sido camarera nunca, pero era un bar frecuentado por muchos franceses, así que accedió y me sometió a un entrenamiento express de dos semanas, tras las cuales comencé a trabajar en el motel *Mademoiselle Juliette*. Los trabajadores del motel éramos una gran familia, y tras un año trabajando allí empecé a salir con un chico de veinte años, Charles. Venía a verme los fines de semana en los apartamentos para el personal, no era nada serio, y al cabo de cuatro meses y tras tres menstruaciones inexistentes descubrí que estaba gestando un

bebé, ante lo cual reaccionó Charles huyendo para siempre de mi vida. El gerente Fred, se portó muy bien conmigo, y me reubicó en una tarea acorde con mi situación. Todo había salido mal. Estaba embarazada, sin marido, y sin un padre para mi bebé, que luego iba a resultar ser niña. La verdad es que, por muy cruda que fuese mi vida, siempre me había encontrado a personas que se desvivieran por mí, así que Dios no era tan duro finalmente.

El día de mi decimoctavo cumpleaños estábamos en la cocina celebrando bajo la luz de las velas del pastel que había burlado un año más a la muerte, y la inminente llegada de mi niña a este mundo, cuando por la tele comunicaron el fallecimiento de la Dra. Tina Dowe... Se había suicidado. En la tele comentaban que había perdido a su hija y se había separado de su marido, había estado casi dos años viviendo en Gabón, buscando sin descanso a la niña perdida, y que a los dos meses de su regreso se la había hallado muerta en su casa, colgada, y con la carta que le había escrito su hija el último día que compartieron juntas. – Como comprenderás, no pude soportarlo. Así que salí del restaurante, me vine corriendo hasta el puente de Manhattan y, tras hacer una lista sopesando los pros y los contras de seguir viva, he llegado a la conclusión de que seguir viviendo no merece la pena, esta vida es una completa pérdida de tiempo, y que Dios me perdone, pero se equivocó con mi creación. El joven extraño que me agarraba del brazo, impidiendo el acto fatídico que iba a realizar, me miraba con un brillo inexplicable en los ojos. Se quedó unos cuarenta segundos en silencio, cuando me dijo: - Ese es tu parecer, pero ¿le has dado la oportunidad a ella de decidir si la vida vale o no la pena? Dijo, señalando mi hinchada barriga. Había caído en la cuenta de que tenía razón. Sería injusto decidir sobre la vida de mi hija, sin saber su opinión. – Tienes razón, en unos nueve días estará en ese mundo, cuando aprenda a hablar se lo preguntaré. Puedo esperar ese tiempo por ella. – Has encontrado un propósito en la vida,

al parecer. Me llamo Gabriel, y no te lo vas a creer pero soy médico obstetra. Te llevaré a mi casa y cuidaré de tí y de la pequeña el tiempo que necesitéis, quiero asegurarme de que llegue a tener la oportunidad de decidir. La tomó en sus brazos, y ella se dejó guiar, y como dos almas que se conocieran de toda la vida, desaparecieron bajo la luz de la noche.